

CAPÍTULO XV

La ciudadana Lerebourg tuvo que meterse en la cama apenas regresó á casa, y puso en muy serio cuidado á su marido con constantes crisis nerviosas durante las cuales la pobre mujer parecía loca. Una fiebre terrible la tuvo entre la vida y la muerte durante quince días, y ello fué motivo para que ignorase el procesamiento de Saint-Regeant, el arresto de Carbón, del posadero de *El león rojo*, de Virginia Grandeau y de la vieja sirvienta. Lerebourg, de sobra preocupado con la salud de su mujer, no tuvo noticia alguna de lo ocurrido sino los incompletos comentarios de algún parroquiano, y los relatos de los periódicos, muy pocos en detalles por orden superior. Porque si el Primer Cónsul había decidido impresionar al público por medio de una represión enérgica, no pensaba en manera alguna facilitar el que se comprendiera lo fácil que era para hombres resueltos llevar á cabo en París, en las propias narices de la policía y en medio de todo un ejército, un acto criminal contra el hombre que se creía favorecido por la Providencia. Los debates, enérgicamente conducidos,

no habían llegado á dar contra los acusados el resultado que se esperaba. La culpabilidad no podía ser negada, pero Carbón se defendía como hombre que se jugaba la cabeza, intentando esfumar su participación detrás de la personalidad de Saint-Regeant, y éste, con una gran firmeza, favorecía la empresa descargando á su cómplice cuanto podía.

En cuanto á la organización de la junta realista de París, y sus ramificaciones con otras de provincias y del extranjero, no había sido posible descubrir nada. El viaje de Victor Leclerc á Lión, sus tratos con los jefes del Mediodía, las noticias facilitadas por Braconneau que volvía á la vida después de una dolorosa convalecencia, no habían permitido á Real, á pesar de la pasión conque instruía el proceso, esclarecer el asunto por completo. Una carta de Cadoudal dirigida á Saint-Regeant, había sido encontrada en la maleta de este, y se había logrado coger otra de Limoelan en la que daba detalles sobre el crimen. Se logró demostrar que, durante la preparación del atentado, Saint-Regeant había medido, reloj en mano, la distancia que media entre las Tullerías y la calle de San Nicasio, con objeto de calcular el tiempo que tardaría Bonaparte desde el Palacio al sitio donde se hallaría dispuesta la máquina. Pero, interrogado, Saint-Regeant no se había hecho traición, ni facilitó en nada la empresa de la justicia, logrando exasperar á los magistrados con su fría y tranquila intrepidez.

Circuló el rumor de que para castigarle por no querer revelar lo que se deseaba, se le había dado tormento, pero esto no pasó de ser una calumnia esparcida por los enemigos de Bonaparte que afectaban ya considerarle como un tirano, y cuyas miras hacia el establecimiento del imperio eran voceadas diariamente. En un folleto reciente, atribuído á Fontanes, Bonaparte era comparado á Cesar, lo que le designaba para ocupar el trono, y le señalaba al puñal de los

asesinos. Braconneau, convaleciente aún, había sido careado con Saint-Regeant, y fué el principal testigo de cargo, porque solamente él había precisado los hechos en cuanto á la parte tomada por el joven realista en la trama. La entrevista había sido muy interesante. El policía, que difícilmente lograba sostenerse, fué llevado del brazo por Soufflard y Viencent, y al verle, Saint-Regeant sonrió y le saludó con la cabeza como si se tratara de un antiguo conocido. Interrogado el convaleciente, sobre si conocía al acusado, respondió :

— Tengo sobradas razones para ello. Hace quince días, aún tenía en el estómago la bala que me alojó camino de Vaugirard.

— Me alegro mucho, señor Neufmulin, — dijo cortesmente el realista — de veros restablecido ó, por lo menos, en camino de serlo... Ya sabéis que os herí cara á cara y en combate leal...

— Es verdad. Y cualquiera otro en vuestro lugar, señor de Saint-Regeant, me hubiera disparado el tiro de gracia...

— Si hubiera tenido esa precaución, seguramente no me vería aquí...

Real, furioso, interrumpió este coloquio :

— Aquí no se trata de hacerse cumplimientos — gritó — sino de llegar al conocimiento de la verdad.

Saint-Regeant miró despreciativamente al antiguo convencional :

— ¿Va uno á resignarse á no ser en todo tiempo mas que feroz ó estúpido. ? Las palabras cambiadas con el señor me han serenado.

— Pues entonces, procurad decirnos lo que se os pregunte — gruñó el instructor.

Pero Saint-Regeant no quiso decir nada. Y lo mismo en

el despacho del juez que en audiencia pública, se negó obstinadamente á hacer revelación alguna. De todo esto, el que mayores resultados obtuvo fué Bonaparte, que aprovechó el atentado para deportar á un gran número de terroristas como sospechosos de haber coadyuvado á los atentados cometidos, y de hallarse preparando otros nuevos. Sin embargo, lo que quería, lo que más ardientemente deseaba, la complicidad de los príncipes en el crimen de Saint-Regeant, y acaso, acaso la connivencia del ministro inglés, eso no pudo en manera alguna establecerlo. Para obtenerlo hubiera sido capaz de los mayores sacrificios, y así se lo expuso á Fouché, gran maestro en asuntos de corrupción.

— ¿No creéis que con un poco de habilidad se podría conseguir de Carbón que confesara cuanto deseamos?... Aunque fuera necesario pagarlo algo caro...

— Carbón no sabe más que lo que ha hecho; es un subalterno que no ha tomado parte alguna en la elaboración del proyecto... El que hubiera podido hablar es Limoelan, pero ese ha logrado escaparse... En cuanto á Saint-Regeant, es un espíritu orgulloso, incapaz de traición...

— Sin embargo, á cambio de la vida, y de la libertad por consiguiente...

— ¿Llegaríais hasta ese extremo?...

— Si las revelaciones eran completas y sinceras, sí.

Fouché permaneció pensativo unos instantes, y luego murmuró :

— Es joven y es amado... ¿quién sabe? Pero ante todo, hace falta que sea condenado. Es necesario colocarle ante lo irremediable.

La sentencia no se hizo esperar. Y, como era inevitable, Saint-Regeant y Carbón fueron condenados á muerte. Convaleciente aún, la señora de Lerebourg comenzaba ya á descender á la tienda y ocuparse de los negocios, cuando

bruscamente llegó á sus oídos la sentencia dictada contra Saint-Regeant. El bueno de Lerebourg había hecho todo lo posible para evitar á la joven el conocimiento de la miserable suerte de aquel á quien habían intentado salvar, por que se sentía él mismo tan espantado, que adivinaba fácilmente le emoción que se apoderaría de Emilia al saber que aquel á quien ella continuaba llamando Victor Leclerc, tardaría pocos días en entregar su cabeza al verdugo. Había suprimido los periódicos, medida casi innecesaria por que su mujer no sentía la tentación de leerlos, y velaba constantemente al lado suyo para impedirle mezclarse en alguna conversación reveladora. Pero el excelente marido no podía estar siempre á su lado para evitar las charlas ociosas de las clientes, y de una de ellas recibió la señora de Lerebourg el cruelísimo golpe. La hermosa señora Regnault de Saint-Jean de Angely, había ido una tarde á *El gorro azul* para escoger unas manteletas de gasa, y sentada frente á la sección de chucherías de la señorita Hermancia charlaba distraídamente mientras revolvió los géneros :

— Quiero ocultar la cara, de manera que pueda estar segura de no ser reconocida. Varias donas tenemos el proyecto de asistir á la ejecución de esos monstruos de Saint-Regeant y de Carbón...

Apenas había terminado de pronunciar estas palabras, Hermancia dió un grito : la dueña de *El gorro azul* había palidecido intensamente, y después de intentar sostenerse arrimada á la mesa, cayó desvanecida. Inmediatamente acudieron á socorrerla, la levantaron, y conducida á las habitaciones se le prodigaron cuidados que poco después la hicieron recobrar el conocimiento, en el instante mismo en que llegaba su marido. En cuanto se quedó á solas con su mujer, la interrogó con inquietud, y ella, pálida aún, le respondió con voz temblorosa :

— ¿Cómo no me has dicho que ese desgraciado ha sido condenado á muerte?.

— ¡Ah! ¡Tenía miedo de hacerte sufrir! ¿Cómo lo has sabido?

— Lo ha dicho madama Regnault, hablando con Hermancia.

— ¡Demonio de cotorra! — gruñó Lerebourg. — Bueno, puesto que lo sabes, no hay por qué guardar misterios. Sí, ese pobre muchacho... ¡Dios mío!... ¿puedo llamarle pobre muchacho después de los crímenes que ha cometido?... De todas maneras, mientras no ha sido para nosotros más que Victor Leclerc, ¡qué agradable y simpático!

Y dando un suspiro, añadió :

— En fin; Saint-Regeant ha sido condenado á la última pena, y será ejecutado pasado mañana...

— ¡Pasado mañana! — repitió Emilia con terror — De manera que dentro de dos días...

— ¡Habrá dejado de existir! Comprendo tu emoción, y la comparto, pero es necesario ponerse en razón. Hace seis meses no conocíamos á ese muchacho, y aunque me ha prestado un servicio, no es ni un pariente, ni un amigo de larga fecha. ¡Sin duda que la muerte, á su edad... es horrible! ¡Mas piensa que es un gran criminal, y, sobre todo, no te me vayas á poner enferma por su causa!

El buen hombre procuraba calmar á Emilia por medio de razonamientos á los cuales ella no prestaba más que un oído indiferente.

En el fondo de su cerebro, un pensamiento lancinante, obstinado, surgía : *él* va á morir. Era un tormento al que en vano procuraba escapar : el pensamiento volvía, implacable, á taladrar su dolorido cerebro : *él* va á morir. Y si, abrumada, intentaba cerrar los ojos, la voz de su marido semejava un murmurio apenas perceptible acom-

pañado por el torturante y fúnebre : *él* va á morir.

Viéndola inmóvil, tendida, pareciendo dormir, Lerebourg salió de puntillas. Y apenas la puerta se cerró, Emilia saltó de la cama y comenzó á vestirse. Un deseo imperioso, irresistible de ver nuevamente á Saint-Regeant antes de que muriese, acababa de apoderarse de su voluntad. Y escitada, febril, incapaz de resistir al impulso que la movía, apresurábase á terminar el tocado, mientras á la memoria, lúcida en aquel instante, se presentaban con toda claridad las palabras que había pronunciado Fouché, cuando abandonó su despacho después de haber entregado á Saint-Regeant : « Acordaos que os quedo muy agradecido, y que si alguna vez puedo seros útil, me encontraréis á vuestra disposición. » Al recordarlo sonrió amargamente : ¡ agradecido ! Sí ; le debía la prisión de Saint-Regeant ; le debía la cabeza del joven vandeano. En estas condiciones, sería necesario que ese monstruo, que ese verdugo, tuviera un corazón de tigre para negarle el supremo favor de ver una vez más al bien amado.

Desde luego, el plan de Emilia quedó trazado : iría al ministerio de la Policía, solicitaría ver á Villiers, y por medio del secretario lograría llegar hasta el jefe. Ahora, que se necesitaba la suficiente energía para realizar el viaje, el valor para llegar hasta la prisión y para abandonarla sin haberse muerto de angustia y de dolor en presencia del hombre á quien amaba. Á esta idea, una profunda arruga surcó su frente, y abatió la cabeza en dolorosa meditación. Desde que amaba á Saint-Regeant, vivía en continuo sobresalto, y el temor de que podía ser sorprendida por Lerebourg, la había atormentado. ¿Cómo hubiera podido soportar la cólera y el dolor de su paternal esposo? ¿No sería mejor sustraerse á los reproches por la muerte? En previsión de lo que pudiera decidir, había logrado que su médico, á quien se

quejó de violentas palpitaciones del corazón, le facilitara varias recetas de digital. Y allí lo tenía, en un frasco, en cantidad suficiente para matar á varias personas.

Sentada cerca de la cama, fruncido el ceño, la cabeza caída sobre el pecho, pensó en aquel momento cuán dulce sería arrancar á Saint-Regeant de la vergüenza del patíbulo, y morir los dos abrazados, entregando su alma con el último beso. Fué á un cajón del tocador, le abrió, y cogió el frasco. Era un licor incoloro, inodoro, dentro de un delgado cristal cerrado por un tapón esmerilado. Un ademán, un segundo de tiempo, y el veneno estaba bebido. Guardó el frasco en el pecho, y, con resolución, se cubrió un manto y un sombrero, y por la escalera que daba al portal, salió á la calle. Detuvo un carruaje que por la de San Honorato pasaba, y se hizo conducir al ministerio de Policía.

Fouché, un poco taciturno ese día, hallábase sepultado en una butaca leyendo los periódicos en los cuales sus secretarios habían señalado aquellos párrafos que le atañían. *Le Publicateur*, en un violento artículo, la emprendía con él á propósito de su participación en Termidor, y de los servicios que había prestado á Barras denunciándole la conspiración de Babeuf, y hablando de sus orígenes, el redactor le hacía nacer en Pellerín, y le daba por padre á un panadero. De todo cuanto aquel día se había escrito respecto á él, únicamente aquel « hijo de panadero » pareció disgustarle.

— ¿Hijo de un panadero? No. — gruñó —. ¡ Hijo de un capitán de gloriosa carrera ! Antiguo oratorenses, sí ; antiguo convencional, sí ; regicida, sí. ¡ Panadero, no !

La entrada de Villiers interrumpió las protestas :

— ¿Qué hay? — preguntó Fouché cuyo pálido rostro se tornó súbitamente impasible.

— Ciudadano ministro, la ciudadana Lerebourg está en mi despacho y solicita hablaros.

Los delgados labios de Fouché se repulgaron, porque el nombre de la señora Lerebourg le recordó de pronto la conversación sostenida con Bonaparte sobre las revelaciones que podría hacer Saint-Regeant. Levantó la cabeza y respondió :

— Cuando se sabe esperar, todo llega, Villiers; acordaos de esto. Esa ciudadana llega en el momento deseado... Conducidla aquí.

Fouché se levantó, y se arrimó á la chimenea para ver entrar á la visitante. Su mirada muerta, pesada como plomo, se posó en el rostro de Emilia. ¡ Cuánto había cambiado desde el día en que, por primera vez, Villiers la había introducido en el despacho ministerial !

— Señora — dijo con su voz más dulce y amable — ¿á qué debo el placer de vuestra visita?

Emilia levantó hacia él los ojos llenos de lágrimas, y con profunda expresión de dolor repitió :

— ¡ El placer !...

Fouché, el hombre insensible, enrojeció á este reproche. Se aproximó á madama Lerebourg, la hizo sentar, y con un poco más de compasión continuó :

— ¡ Vamos ! Explicaos : ¿ depende de mí el concederos algún favor ?

— Me habéis dicho, que me le haríais si venía á solicitarle.

— ¿ Le necesitáis ? ¿ Á propósito de qué ?

— Os suplico que me concedáis ver al señor de Saint-Regeant.

— ¿ No teméis que se sepa que habéis entrado en la prisión ?

— ¡ Ay ! Ahora que va á morir, ya no temo nada.

Fouché permaneció un momento silencioso, y después, aproximándose á la joven é inclinándose hacia ella, le dijo con voz sorda :

— ¿ Queréis que viva ?

Á estas palabras, la esperanza relampagueó en los ojos de Emilia :

— ¿ Sería posible ?

— Eso depende de él.

— ¿ Qué se le exige en cambio ?

— Es necesario que merezca la indulgencia, que logre conquistarse la clemencia de aquel á quien ha querido asesinar, haciendo ciertas revelaciones...

— ¡ Oh, jamás consentiré en ello !

— Y vos, ¿ consentiréis verle guillotinar ?

— ¿ Qué puedo hacer yo ?

— Decidirle á que hable.

— ¡ Le deshonraré !

— Le salváis.

— ¡ Traicionaré á sus amigos !

— ¡ Bastante se han acordado de él ! ¿ Qué han hecho en su favor ? ¿ Han realizado un solo esfuerzo para defenderle ? ¿ Han intentado la menor cosa para salvarle ? ¿ Han hablado, han trabajado lo mínimo en su favor ? ¿ Dónde está ese famoso Jorge, el terrible vandeano á quien nada resiste, tan sin igual en las empresas audaces ? En Bretaña tranquilamente, mientras su compañero de armas agoniza entre los cuatro muros de una mazmorra, esperando la hora de entregar la cabeza al verdugo. Se ha limitado á empujarle al crimen, poniéndose á salvo en seguida. Y desde entonces, ni una palabra siquiera de consuelo. ¿ Y los príncipes ? ¡ El conde de Provenza, pavoneándose en el destierro, haciendo malos versos y peores epigramas, mientras que sus defensores mueren por él ; el conde de Artois, que no ha tenido el valor de colocarse á la cabeza de sus vandeanos, se distrae cazando en Inglaterra ! ¡ He ahí por qué gentes, y por qué causa se ha sacrificado ese infeliz ! Ahora se le presenta ocasión de sal-

var su vida, de recobrar la libertad con ella, ¿y no pensáis, señora, que sería una obstinación inexplicable que por fidelidad á esos ingratos, rehusara? ¡Qué error! ¡Qué locura!

Fouché se detuvo unos instantes para contemplar á la señora de Lerebourg. La vió trastornada por sus razonamientos, temblando ante la esperanza que se le ofrecía, y continuó:

— El Primer Cónsul está dispuesto á perdonar la vida y devolver la libertad al señor de Saint-Regeant. Puede marchar á América, para lo cual se le dará la cantidad de cien mil libras para el viaje. En cuanto á vos... ¿quién os impedirá el acompañarle? Los dos sois jóvenes, el nuevo mundo os ofrece un magnífico porvenir. Para realizar todo eso que representa una felicidad incalculable, basta con un momento de razón, con un minuto de prudencia...

Emilia se retorció los brazos de angustia:

— ¡Pero hacer traición! ¡Él, un noble! ¡No consentirá en ello jamás!

— ¿Os ama?

— ¡Oh, en cuanto á eso, estoy segura!

— Y vos, ¿le amáis?

— ¡Daría mi vida por la suya!

— Entonces, ensayad el salvarle. Villiers va á conducirlos hasta la prisión, y os esperará á la puerta de la celda. Si Saint-Regeant consiente en lo que se quiere, Villiers entrará y le dará con qué escribir. Si no quiere escribir, Villiers escribirá lo que dicte y será suficiente con que lo firme. Id, y á ver si sabéis agradecer lo que procuro hacer en vuestro obsequio.

Ella le miró con aire de profundo disgusto:

— ¡Ah, no intentéis abusar! ¡Vos no trabajáis más que en provecho vuestro!

— ¡Sea; os dispense de la gratitud! Pero procurad arrancar esa cabeza al verdugo. Eso es lo esencial.

Emilia no respondió, y sin una mirada para el tentador, sin una palabra de despedida, salió acompañada de Villiers que apareció en el umbral llamado por Fouché.

Con los brazos amarrados, sentado en un taburete, Saint-Regeant se hallaba en la celda charlando tranquilamente con el carcelero que no le perdía de vista noche y día. Este veterano había servido en el ejército, y herido gravemente en la campaña de Italia, obtuvo su retiro y el empleo de vigilante de prisiones. Sentía una gran compasión por Saint-Regeant, aunque detestaba el acto realizado, y con la mejor voluntad del mundo le hacía continuados reproches.

— No puedo comprender que un soldado como vos — soldado, puesto que habéis hecho la guerra en Vandea — haya consentido en preparar esa villanía.

— ¿No se practica la zapa y la mina en los sitios? ¿No es una villanía también? Cuando se hace saltar un puente con todas las tropas que le cruzan, y cuando se lanza un brulote contra un navío, ¿no se realiza algo parecido á lo que yo he hecho?

— ¡No! Entonces el enemigo está en condiciones de poder defenderse, y ataca ó se guarda. Pero aquí, en plena paz, en medio de una población confiada... Matar mujeres, niños, y soldados de la escolta que nada recelaban... ¡Habéis dicho bien: es villano!

— Nosotros estamos en guerra con el Primer Cónsul, porque nos persigue con sus columnas volantes, y nos acosa con la policía. Se lucha como se puede. Somos un puñado de hombres contra todo el ejército, contra todos los funcionarios, contra el régimen entero, y si no combatiéramos clandestinamente, tanto valdría como entregarnos á Bonaparte.

— ¡Y eso es lo que debíais hacer! ¿Cómo queréis luchar con ese hombre? No hay nada que se le resista. Si le hubiérais visto en el puente de Lodi... en medio de la metralla, entre los granaderos que caían como bolos... ¡Ah, señor, qué combate! De aquella hoguera salió más fresco que una lechuga. ¿Y en Marengo? Yo estaba en la división Chambarlhac... que desde por la mañana comenzó á desconcertarse... El Primer Cónsul, sentado en un talud de la carretera de Castel Ceriolo, á orillas de un trigal, golpeaba la pernera de su pantalón con una pequeña varilla para sacudir la tierra de que le salpicaban los estallidos de los obuses que llovían á su alrededor. En ese momento llegó Desaix, se arrojaron uno en brazos de otro, y después de diez minutos de conversación, Desaix dijo: « Volvamos á empezar. » Bonaparte había decidido librar una segunda batalla en vista de que la primera estaba perdida... Señor de Saint-Regeant, cuando se quiere desafiar al destino no se consigue nada, y Bonaparte es el favorito de la fortuna... No es igual que nosotros; hay algo en él de que nosotros carecemos, y no hay más que verle para estar seguro de que se halla por encima de nosotros y de que será el amo siempre.

— ¡Con una bala de buen calibre en la cabeza, se acababa el amo!

— La bala no le daría, y vos tenéis alguna prueba de ello. Habéis matado á unos cuantos infelices contra los cuales ningún resentimiento os animaba, y él se ha marchado sano, tranquilamente.

Saint-Regeant meneó la cabeza:

— ¡Ah, la leyenda!... ¡La habilidad de hacerse creer invulnerable, para debilitar á los enemigos!

— ¿Qué rumiáis ahí?

— Pienso que hace algunos meses, me había ofrecido el grado de coronel si quería ingresar en el ejército.

— ¿Y no habéis aceptado? ¿Habéis preferido intentar matarle? ¡Qué locura! En la próxima guerra con los ingleses — porque podéis estar seguro que habrá gresca el día menos pensado — amaneceríais general ¿y quién sabe hasta dónde podíais llegar con el apoyo del jefe? No hubiera habido nadie cuya autoridad fuera mayor que la vuestra en el Estado. ¿No veis lo que ha hecho por sus compañeros de armas Murat, Lannes, Bessieres, Soult, Junot?... ¡Ah, señor de Saint-Regeant; cuánto mejor sería verse en el campo de maniobras mandando tres mil veteranos con los clarinetes de cinco pies al hombro, ú ochocientos hijos con el pavipollo entre las piernas (1) que dormirar esposado en una prisión esperando á que Charlot (2) venga á buscaros para el último viaje!

Las consideraciones filosóficas del buen hombre fueron interrumpidas por la entrada de Villiers en la celda, precedido del alcaide.

— Una visita para el condenado — dijo el jefe con tono brusco.

Sorprendido, Saint-Regeant se levantó procurando ver por la puerta entreabierta quién era la persona que esperaba en el corredor, pero apenas logró columbrar una forma vaga en la obscuridad. Villiers se aproximó, al mismo tiempo que con un ademán ordenaba salir al carcelero.

— Señor Saint de Regeant: en virtud de una escepción extraordinaria, estáis autorizado para recibir sin testigos á la persona que viene á veros. Ha sido registrada cuidadosamente, para que no pueda traer arma ni objeto alguno peligroso, ni para los demás ni para vos mismo. Sin embargo,

(1) Clarinetes: fusiles — Hijos, soldados, por alusión á la frase de las arengas: « ¡Hijos míos! ». — Pavipollo, caballo. — El carcelero quería decir: tres mil soldados de infantería ú 800 de caballería.

(2) El verdugo.

me vais á dar vuestra palabra de que no aceptaréis de la citada persona, cosa alguna que haya podido escaparse á nuestra mirada.

— Os doy mi palabra de honor.

— Está bien.

Villiers se fué hacia la puerta, dejó pasar á Emilia, y salió cerrando. Frente á frente en esta mazmorra que era la antesala del patíbulo, los dos amantes permanecieron un instante silenciosos, oprimidos, casi espantados. Después, se precipitaron uno hacia otro, y Emilia estrechó entre sus brazos á Saint-Regeant cuyas esposadas manos no podían devolver la caricia. Los ojos de Emilia, agrandados por la angustia, amaratados por el dolor, se llenaron de lágrimas amargas que cayeron sobre el hombro y el cuello del condenado.

— ¿Por qué llorar? — exclamó Saint-Regeant con una sonrisa, — ¿no es una alegría inesperada vernos? No creí disfrutar de tanta felicidad. Cualquiera que sea quien me la haya concedido; ¡ bendito sea ! ¡ Aunque se trate del mismo que me mata !

— Ha sido Fouché, el ministro de la Policía, quien me ha enviado con su secretario. ¡ Oh, pobre amigo mío ! ¡ Si tú supieras !

— Sé que te veo, y eso me basta. ¡ Oh, querida Emilia ! Pero, veamos; ¿ cómo te las has arreglado para obtener el favor de entrar en la prisión de un condenado, de un parricida, de un monstruo que ha querido matar á Bonaparte ?

— ¡ Ah, he obtenido bastante más ! — exclamó Emilia incapaz de contenerse. — Y si quieres, puedes vivir, recobrar la libertad y marcharte á América esta misma noche, libre de todo cuidado...

Saint-Regeant se desasíó dulcemente de su amada, y la

miró fijamente, como si quisiera llegar con la mirada al fondo de su pensamiento :

— ¿Qué infamia me van á pedir en trueque de tanta generosidad ?

Emilia permaneció sobrecogida. Nunca, hasta entonces, le había parecido tan imposible de aceptar lo solicitado por Fouché. ¿Cómo exponerle aquella petición? ¿Cómo hacerla comprender? Y, sobre todo, ¿cómo hacerle consentir? Sin embargo, estremecíala el deseo de conducir á su amante á todas las concesiones de conciencia posibles. No veía ante ella más que el gran espacio claro y azul donde la libertad reinaba.

Viendo su silencio, Saint-Regeant preguntó :

— Dime, Emilia, ¿qué te han prometido para decidirme á que sufra sus ofertas? ¿Qué indignidad he de cometer en pago de los beneficios que me traes?

— Quieren que hagas lo que siempre te has negado á hacer, — respondió Emilia con voz suplicante. — Si no lo haces por miedo á la muerte, hazlo por amor. Á cambio de tan poco, obtienes el perdón, desapareces, y yo te acompaño á donde quieras ir...

Á estas palabras, Saint-Regeant dió un grito de indignación colérica :

— ¡ Oh, crueles ! ¡ Qué refinamiento de barbarie ! ¿ Ofrecerme la vida, y la vida contigo ? ¡ Ya saben á qué prueba tan atroz me someten haciéndote intervenir en este comercio de mi conciencia ! De mí, por mí mismo, sabían que nada podían esperar, pero creen poder esperarlo todo de mi amor á ti. Emilia ¿comprendes todo el horror de ese cálculo ? ¡ Ah, querida mía, cállate ! ¡ No me ofrezcas la alegría de vivir á tu lado, porque sería morir dos veces al renunciar á la vida y á tu felicidad !

Llorando, se dejó caer sobre el asiento. Y este hombre,

tan fuerte en sus resoluciones, parecía en ese instante más débil que un niño. Fuertes sollozos le hinchaban el pecho, lágrimas le corrían por las mejillas, y con las manos esposadas intentaba vanamente cubrir el rostro. Emilia se aproximó dulcemente, le enjugó las lágrimas con la fina batista de su pañuelo, y arrodillándose delante de él, apoyó los codos en sus rodillas y le murmuró suavemente al oído :

— ¿Tan espantoso es lo que te piden? ¿Qué arriesgan los que no quieres nombrar? ¿te favorecen? ¿no te han abandonado? ¿Qué le debes á esos príncipes ingratos que se dan tono en el extranjero, que mandan á los hombres de corazón al combate y que dirigen las matanzas sin participar de ellas jamás? ¿Le dices algo nuevo á los jueces nombrándolos? ¿No los conocen ellos ya? Es una vana formalidad lo que te piden, un pretexto para ponerte en libertad. Bonaparte quiere perdonar, pero desea al mismo tiempo que le facilites la ejecución de la clemencia con un acto de buena voluntad. Nada más.

— ¡Ese nada — gritó Saint-Regeant — es mi deshonor! ¡Y ese monstruo me lo pide por tu boca! ¡Jamás! ¡Jamás! ¡Antes cien veces la muerte!

— Entonces, la muerte para el uno y para el otro, — añadió Emilia levantándose; — porque yo no te sobreviviré. Si he venido hoy aquí, ha sido para seguirte en el camino que emprendas : si es el de la libertad, de buena gana haré tabla-rasa de mi honor, mientras tú defiendes tan ardientemente el tuyo.

— ¡Ah, desgraciada! — gritó Saint-Regeant. — ¿Eres cómplice suyo? ¿Qué es lo que me ofreces?

— ¡Honor por honor! Te lo repito : mi honor de esposa por tu honor de afiliado. Tú te envilecerás hablando, sea; yo me envileceré acompañándote. Pero una vez que hayamos recogido el precio de nuestro envilecimiento, podemos

partir y escondernos en una provincia ignorada, al otro lado del mar, donde olvidaremos cuanto haya sobre la tierra que no seamos nosotros.

— Y detrás, en clamor inmenso, todo un pueblo gritará : « ¡Saint-Regeant es un traidor que ha vendido á sus jefes y á sus compañeros! ¡Por el amor de una mujer ha entregado los secretos de su partido!» Y este clamor insultante, ¿á dónde iré que no le oiga? Y oyéndole, ¿crees que podré sobrevivir una sola hora á la vergüenza? ¡No; es una ilusión! Sería necesario, que al mismo tiempo de cometer la traición pudiera ahogar mi conciencia, abandonar mi alma, lo cual es imposible. Y aun muerto, desde el fondo de la tumba oiría el oprobioso grito. Déjame entregado á mi destino, renuncia á la esperanza de salvarme. Ni puedo, ni quiero escapar á la muerte, porque la muerte será la expiación necesaria. He matado seres inocentes, y es imprescindible que sean vengados. Para mí, el verdugo será el redentor.

Emilia, sombría y dolorosa, quedó un momento en silencio. Sintió que había perdido la partida, y que su amante no cedería á los ruegos, por ardientes que fuesen. Y dando un profundo suspiro, se limitó á decir :

— Puesto que nada puede decidirte á vivir, moriremos juntos.

— ¿Por qué hablas de morir, amor mío? — respondió Saint-Regeant con gran ternura. — Piensa que me desgarras el corazón en el momento que más necesidad tengo de calma y de valor. ¡En nombre del cielo, yo te suplico que vivas aunque no sea más que para llorar y rezar sobre mi tumba! Y además, piensa en ese pobre hombre tan bueno como generoso, á quien vas á producir honda desolación, y que no merece el menor sufrimiento. Tu deber es continuar al lado suyo, para pagarle no solamente tu deuda, pero la mía también.

Ella sacudió la cabeza y le contestó :

— No podría. ¿Entrar en mi casa dejándote al pie del cadalso; continuar viviendo con el corazón lleno de dolor y de pena; imponer á mi rostro una máscara de indiferencia sonriente, cuando no tendría bastantes ojos para todas las lágrimas; hablar de cosas fútiles cuando asomarían á mis labios gritos de rebeldía, representar la comedia atroz que me aconsejas? No; soy incapaz de ello.

Sacó del pecho el pomo de digital que había logrado ocultar á las pesquisas de que había sido objeto antes de entrar en la prisión, y añadió :

— Mira, ya ves cómo había tomado mis precauciones. Hay aquí con qué morir el uno y el otro. Pues bien; ya que quieres morir, muramos juntos.

Y le tendía el frasco, que él rechazó dulcemente, mientras sonreía diciendo :

— ¡ No ! No es así como yo debo morir, en brazos de una mujer y en la obscuridad de una prisión ! Mi muerte debe ser á la vez una expiación y un ejemplo, y debo marchar al suplicio alta la cabeza, no como un criminal sino como un vencido. Es necesario que muera valientemente allí donde tantos de los nuestros han muerto por su Dios y por su Rey. Si se me encontrara envenenado en esta celda, se diría que he tenido miedo á la guillotina, y yo quiero subir á ella para que mi cabeza ruede bajo la cuchilla. Después de Luis XVI, después de María Antonieta, será un gran honor para mí, y mi sangre purificará la inmunda máquina de la de un Saint-Just y un Robespierre.

Emilia volvió á esconder el frasquito en su vestido :

— Está bien, — murmuró; — será para mí sola.

— Ahora, amor mío, — suplicó Saint-Regeant con una grandiosa serenidad, — no pensemos más que en gozar de

la dulzura de esta última hora, y que no haya en nuestros labios más que besos y palabras de amor.

Saint-Regeant tendió las manos esposadas, y Emilia fué hacia él, buscando en la boca de su amante la embriaguez á favor de la cual todo se olvida